

¡Que contraste tan maravilloso entre lo que ella era y lo que es! Era lo sumo del poder, y ahora se ve en el mas profundo abismo de las humillaciones. Quando estaba en medio de la opulencia, era el recurso y amparo de los infelices; y ahora, infeliz y desdichada ella misma, no encuentra quien se compadezca de su miseria. En algun modo llegaba á exceder á sus vasallos: en ella se vieron por una parte las delicias, y por otra las aflicciones; por una la autoridad, por otra la dependencia; por una el trono, por otra un establo. En fin, Señoras, extranjería y natural alternativamente. Busco á *Isabel* en ella misma; pero me engaño, porque siempre la encuentro en el heroísmo de sus sentimientos. Todo se muda menos su virtud, que permanece siempre una misma. El mundo puede sin duda experimentar su paciencia: *Patior*. Pero su paciencia saldrá victoriosa del mundo. *Sed non confundor*.

#### PUNTO SEGUNDO.

La paciencia de *Isabel* atraxo á la verdad á un mundo injusto, á quien la preocupacion habia seducido: obligó al reconocimiento á un mundo ingrato, que habia abusado de sus beneficios; consiguió los respetos de un mundo tirano, que la habia perseguido.

A vista de esto, ¿habrá quien diga que aun no son suficientes estos rasgos para formar una cabal idea de que su paciencia salió victoriosa del mundo? *Patior*; *sed non confundor*.

¡Quanto dominio tiene la preocupacion sobre el espíritu de los hombres! Se forma con

mu-

mucha facilidad, y dificultosamente se destruye: sus impresiones son poderosas, y sus consecuencias peligrosísimas: solo pertenece el vencerla á una paciencia la mas heróyca.

La preocupacion únicamente habia levantado la tempestad contra ella. No creais que yo os pinte en Henrique de Turinga un príncipe zeloso de su autoridad, cruel por naturaleza, y enemigo de la virtud porque se opone á sus vicios: no un príncipe que sacrifica la Religion á la política, y la obligacion al interes: un príncipe inaccesible al sentimiento, que no sube al trono sino para hacer incontrarrestable su autoridad por medio de las escenas mas trágicas y lamentables: no christianos. Dexemos gozar del reposo á sus cenizas en el lugar donde en otro tiempo fué su perturbador. Sus primeros pasos anunciaron desde luego un tirano, sin serlo. No juzguemos de su corazon por su conducta. Jamas hubiera sido injusto sino se hubiese preocupado. Pero demasiado jóven para no dexarse sorprehender con especiosas razones, é incapaz de averiguar la verdad, era poco á propósito para penetrar la animosidad que se oculta baxo el exterior del zelo, y la virtud injustamente acusada de hipocresía. Henrique, pues, solo persiguió á la inocencia, porque no la llegó á conocer. Para que lo consiguiese era menester que no estuviese preocupado. Este prodigio estaba reservado á la paciencia de *Isabel*. *Hæc est victoria quæ vincit mundum* (1).

(1) I. Joann. 5. 4.

B 3

Has-





Hasta este tiempo no habia tenido el alma de nuestra Heroína en sus sufrimientos otro testigo que el cielo; pero debia atraerse muy en breve las atenciones de la Alemania, á quien ya tenian admirada: su corazon se debia descubrir por una seqüela de acontecimientos maravillosos. Con las mas grandes desgracias se descubrieron las virtudes mas sublimes.

Aprended, enemigos envidiosos de su gloria, aprended de su conducta y contempladla expuesta á los rigores de la estacion durante la obscuridad de toda una profunda noche, implorando el socorro de aquellos que tantas veces le habian recibido de sus manos. Siempre la veréis, que, superior á sus humillaciones é insensible á sus propias desgracias, brotan sus lágrimas al considerar la desgraciada suerte de los príncipes sus hijos, y sacrifica sus intereses á la Religion, no interesándose de ningun modo sino por aquellos que tienen parte en sus contratiempos. Contenta con su suerte, ella únicamente es quien no siente los horrores de la adversidad y de la desgracia.

Sigamos sus pasos hasta aquel augusto templo donde hacia resonar las mas solemnes acciones de gracias. La victoria por quien viene á rendir sus homenajes al Eterno Padre, es la que consiguió sobre sí misma. Venció al mundo con la pérdida de sus honores, sin atender á los respetos humanos: su paciencia la hizo encontrar los tesoros de la opulencia en el seno de la miseria, y en el de las humillaciones el primer trono del Universo. *Hæc est victoria que vincit mundum.*

Pe-

Pero lo que dió un nuevo motivo de admiracion á sus enemigos, fué tambien un nuevo milagro de paciencia. El obispo de Bamberg, prelado aun mucho mas grande por la virtud que por su nacimiento, llegó á saber la triste siuacion en que *Isabel* se hallaba. Animado de un zelo ardiente, no tan ansioso por vengar su sangre menospreciada, quanto por arrancar del injusto furor de sus enemigos á una víctima ilustre, se valió de una traza que por fortuna no desaprobaban la razon ni la política. Ingenioso para preservarla de las desgracias futuras en medio del pomposo fausto de una corte brillante, se dispuso desde luego para proponerla y contratarla una nueva alianza. Conocía muy bien que los primeros príncipes de Alemania se tendrian por dichosos en volverla á buscar: solo un obstáculo se oponia á la detencion de su felicidad, y ¿qual era este? Ella misma. En vano se empeñó un tio suyo en persuadirla con las mas fuertes insinuaciones, porque habia formado ya su determinacion. No, no creais vosotras, vastas ideas de la política, no creais que la habeis de hacer mudar de pensamiento: prefere su triste situacion á la fortuna mas brillante: teme mas el goce de las grandezas y de las delicias de la corte que el aborrecimiento de sus envidiosos y el furor de sus enemigos.

Por esta admirable conducta, consiguió insensiblemente desengañar, como debia, á un pueblo preocupado. La Turinga estudiaba desde lejos todos sus movimientos: empezará á

B 4

co-



conocerla quando ya no la poséa. Su paciencia choca y admira á todo el mundo: la reflexión se apodera ya de los espíritus. Haced, ó gran Dios, haced que se proporcione una ocasion favorable, con una inmeditada y distinta revolucion, para que la haga volver á su grandeza con tanta brillantez, quanta ha sido la humillacion con que de-de luego fué despojada. Era menester que por un prodigio de moderacion uniese su paciencia todos los corazones, así como habia empezado ya á vencer las preocupaciones del entendimiento.

Yo quisiera recordaros en esta ocasion aquella ceremonia tan triste con que los príncipes del império vinieron á depositar el inanimado cuerpo del Landgrave de Turinga en el panteon de sus antepasados. No hay duda que al considerarlo se presentan desde luego las imágenes mas tiernas. Los preciosos residuos de un caro esposo, volvieron á abrir en el corazon de *Isabel* una llaga que aun causaba mucha mas compasion que la de la primera noticia que tuvo de su muerte. Su vivo dolor, se aumentaba á vista del objeto á quien tanto estimaba. Su Religion la volvía á llamar ácia sí misma: el triste espectáculo que se ofrecia á su consideracion, no la permitía detener sus lágrimas: inmóvil y consumida, se podia decir que espiraba sobre el cuerpo de su difunto esposo.

Pero ¿á que viene, hermanos míos, el manifestar su dolor? Yo no debo excitar vuestra consideracion sino con su paciencia. Tal vez os habré borrado ya de ella las magnificas ideas

ideas que habriais concebido de su intrepidez. ¿Es esta, me direis acaso, aquella *Isabel* cuyo varonil esfuerzo excedia á las mas terribles desgracias? Sí, esa misma es aquella grande alma que siempre fué inmutable. Las ocasiones mas criticas y desgraciadas, solo servian para hacer resplandecer mejor su virtud. Su dolor, pues, es sumamente respetable. En nada disminuye el heroísmo de su corazon.

Conocedle, ó pueblo de Turinga, conocedle del modo que jamas le debiais haber desconocido. Conoced ese corazon á quien no pudieron abatir los contratiempos, ni mudar vuestra infidelidad, pues en ello se interesará siempre vuestra dicha. El camino de los honores se abrió al mérito de *Isabel*. La sangre de infinitos desdichados podia haber cimentado su nueva grandeza. No la era dificultoso ensalzar su poder sobre las ruinas de sus enemigos. Que hable, y se verá como el sepulcro del Landgrave viene á ser el teatro de una sangrienta guerra. Que hable, y verán como se levantan á su favor un millar de defensores. El rebelde será castigado: el crimen se sujetará entre las cadenas; y la virtud será coronada.

Pero no: no aguantará nunca, que las lágrimas de un pueblo desgraciado sirvan de trofeos á su gloria. Es verdad que sus vasallos son delinquentes, pero al fin son sus vasallos. Lejos de acusarles buscaba mil medios para librarles de la tempestad que les amenazaba. Quería desarmarles con su paciencia, y no agobiarles con su autoridad. En una palabra, rehu-



rehusaria siempre una corona que el corazón de su pueblo no la concedía.

A vista de esto ¿será de admirar que en toda la Turinga se arme una rebelion en vez de obedecer? No; pero la paciencia de *Isabel* es un poderoso encanto que cautiva todas las voluntades. Los corazones de su pueblo la sirven como de otros tantos escalones para remontarse al solio de la grandeza. Desde luego confieso que los príncipes del império la han sostenido, amenazando al usurpador é intimidando al pueblo; pero la virtud de nuestra Santa ha triunfado de todos. Nunca cesó la preocupacion sino hasta que ella supo destruirla. Su poder nunca hubiera podido mas que hacerla temer; pero su paciencia la hizo amar. Después de haber hecho que abrazase la verdad un mundo injusto, á quien los entusiasmos y preocupacion habia seducido, obligó al reconocimiento á un mundo ingrato, que habia abusado de sus beneficios. *Hæc est victoria quæ vincit mundum.*

La ingratitud es un monstruo mirado como el oprobio de la razon y el horror de la humanidad: es mas bien que un puro vicio el mas feo de todos los crímenes. ¿Que cosa hay mas odiosa que pagar la ternura con la indiferencia, el amor con el odio, y los beneficios con ultrajes? Esta es la injuria mas grande y sensible para el corazón del hombre, y sin embargo es un sentimiento del que, por desgracia, es muchas veces susceptible su mismo corazón. Menos extraño es ver hombres que piensan con ingratitud, que hallarlos perfectamen-

mente reconocidos. Tal es el abuso que se hace de esta virtud.

Bien lo experimentó *Isabel*. Ya, Señoras, os la he representado en el tiempo de su prosperidad y de su desgracia. En aquel visteis como todo lo habia sacrificado por los intereses de su pueblo: tambien se ha dicho que el bien estar de sus vasallos decidia, al parecer, sobre su propia felicidad. En el tiempo de la adversidad, os he hecho ver como llegó á ser el juguete de aquel mismo pueblo de quien habia sido las delicias. Y, en una palabra, habreis concebido bien claramente, que el espectáculo, ó la vista de sus desgracias habia borrado la memoria de sus beneficios. Pero ¡ó imprevista mudanza! Vedla ya vuelta al brillo de su primera grandeza. Dexa la lisonja de adular al usurpador, y la verdad se produce: triunfa la inocencia, y Henrique el injusto; aquel hombre que habia sido hasta allí su perseguidor, se declara por su defensor y apoyo. Sofía, aquella muger altiva, cuyos injuriosos menoscambios habian autorizado la revolucion del pueblo, los mudó desde entónces en respetos. Jamas habia gozado *Isabel* de una quietud tan perfecta. Su gloria no estaba obscurcida con ninguna mancha, y su virtud no tenia ya enemigos ni envidiosos. Vosotros pensareis, que como soberana y señora de aquel pueblo, cuya ingratitud habia acabado de experimentar, iba á hacerle sentir los terribles efectos de su indignacion. En efecto, parece que se interesaria su gloria en hacer conocer sus deberes á los iniquos vasallos. Muchas veces



ces es precisa una terrible venganza, y quando esta atrae la seguridad de un estado, no se la debe considerar como delito, sino como que es una cierta virtud y obligacion el ejecutarlo.

Bien conocia todo esto nuestra Heroína, y no ignoraba lo mucho que importa castigar á los cabezas de una revolucion; pero queria que se condenasen á sí mismos los corazones ingratos. Deseaba humillar á sus enemigos, pero con su beneficencia: intentaba obligarles al reconocimiento, pero por medio de nuevos beneficios. Esta era justamente la sola ventaja que queria conseguir sobre los euvidiosos que tenia, y la sola venganza que creía ser digna de ella misma. Conocia que no habia cosa mas grande que la de triunfar de sus enemigos con la dulzura en el tiempo en que podia conseguirlo con el poder. Su corazon siempre será una muralla inexpugnable al mas justo resentimiento. Los primeros autores de sus desgracias, fueron aquellos á quienes hizo experimentar muy particularmente la magnificencia de su liberalidad.

Yo quiero excitar aquí la consideracion de aquella alma vil, interesada, é insensible que se atrevió á dar á Thuringa una odiosa prueba de la mas grande ingratitud. El cielo, pues, la habia hecho nacer en medio de la obscuridad y de la indigencia: la generosa y casi pródiga caridad de nuestra Santa, la habia hecho pasar desde las mas altas miserias á las dulzuras de una vida cómoda: sensible y penetrada del mas vivo sentimiento, nada parecia bastarla para manifestar la vivacidad de su reconoci-

mien-

miento. ¡Quan vanas y falaces eran sus ofertas! Su lengua no era intérprete fiel de su corazon: gozaba de los beneficios, y no debia hacer otra cosa. Pero un acaso descubrió el artificio: aquella misma alma que al parecer expresaba ser la mas reconocida, se manifestó muy en breve la mas ingrata. Ya que no podia por sí ensalzarla sobre el trono, fué la primera que se atrevió á desconocerla en el tiempo de sus desgracias. Ella fué la que no tuvo reparo de instar á los miserables para que volvieresen sus manos contra *Isabel*, que antes se las habia llenado de beneficios: ella la que pareció alentar del modo mas sanguinario á sus mas terribles agresores.

A tí es, corazon desnudo de sentimientos, á tí es á quien yo hablo. Te estremeces quando ves que vuelve á elevarse sobre el colmo de las grandezas aquella á quien habias ultrajado indignamente en la caída de su fortuna: un justo horror te hace conocer, no sin fundamento, el fatal golpe que está para descargarse sobre tí, y deshacerte. Pero ¡ah! poco conoces la virtud de *Isabel*.

Ven, ven, pues, á admirar su paciencia, ó por mejor decir, á ser participante de sus liberalidades. Tú, es verdad que has sido insensible á sus desgracias; pero ella siempre se compadecerá de las tuyas: nunca se acuerda de la ingratitud quando intenta socorrer á la miseria: ignora el modo de reprehender con acrimonia: solo sabe multiplicar sus beneficios: sino eres capaz de amarla como reconocido, quiere, á lo menos, que la estimes como interesado.

¿No



¿No es, Señoras, el mas generoso esfuerzo de la paciencia obligar de este modo á los ingratos? ¿Y que extraño es que á vista de esto asegure nuestra Heroína con su paciencia los mayores triunfos sobre todos los corazones? *Hæc est victoria quæ vincit mundum.*

Llevemos nuestra consideracion á la corte de Masburgo. Ya no se observaba en ella aquella calma aparente que siempre atrae una nueva tempestad: el fanatismo estaba destruido enteramente: se oían una infinidad de gentes que celebraban la gloria de la Santa: los pueblos la aplaudian por reflexion, asi como ántes la habian condenado por capricho: los grandes la admiraban con asombro, en vez de censurarla por envidia, como lo hicieron en otro tiempo: toda la Alemania entera habia puesto los ojos en ella: y su reputacion llegó hasta la capital del mundo christiano. Gregorio IX. felicitaba á la Alemania como poseedora de tan precioso tesoro: *Isabel* halló en el Vicario de Jesu-Christo, no solo un admirador y un panegirista, sino tambien un apoyo: en una palabra, se atraxo por su paciencia los respetos de aquel mismo mundo que la habia perseguido.

No quiero ya representaros á la Duquesa de Thuringa entre el bullicio de la corte, porque su virtud entre el silencio del retiro os va á parecer aun mucho mas brillante.

La muerte acababa de quitar á la Religion un Héroe christiano que habia sido el ornamento, el oráculo y el prodigio de su siglo. Como modelo y apostol de la renunciacion evan-

evangélica; habia sufrido el yugo de la penitencia, y enseñado á llevarle á los demas: habia formado ademas, por medio de sus exemplos, un pueblo rico entre la pobreza, contento entre el sufrimiento y dichoso entre las humillaciones: como su sepulcro habia llegado á ser el lugar de los mas brillantes prodigios, anunció desde luego su gloria y su poder, impetraban los pueblos su socorro y honraban los grandes su memoria. Dexóse ver el oráculo que dimana del trono de la Iglesia, y Roma permitió dar un culto solemne á las virtudes de Francisco de Asís.

Llena de un santo zelo por reproducir en sí misma el espíritu de aquel nuevo Elías, y como hija angusta de un Patriarca tan respetable, holló con sus pies la Duquesa de Turinga el ídolo del mundo, y se sujetó á la regla mas austérea. Yo la contemplo olvidandose de la autoridad en la obediencia: del resplandor de la diadema en la obscuridad del retiro; y de las delicias de la corte en los brazos de lacruz.

No me detendré en responder aquí á la crítica que da lugar á una duda especiosa sobre el retiro de *Isabel*, y quiere usurparla la gloria de haber coronado las virtudes del trono con las de la vida Religiosa. Yo solo la considero como una poderosa protectora de un orden de quien ella fué la gloria y el honor. Aquel es un sentimiento particular á quien parece condena la autoridad de los soberanos Pontífices, desapruueba una constante tradicion, y trastorna y anonada un sentimiento casi universal.



Así, pues ¿por que ha de querer el mundo quitar á la orden de San Francisco la gloria de haber poseído á *Isabel*? En verdad que él no era ya digno de poseerla. Al silencio de la vida religiosa es donde el mundo debia ir para estudiarla, digámoslo así, y aprender de ella. Allí es donde á vista de sus sublimes virtudes debia confesar la injusticia de sus procedimientos para con ella: allí donde debia aprender quan digna era de sus respetos, ya que tanto tiempo se los habia rehusado.

La santidad es en algun modo semejante á aquellas pinturas en donde junta la hermosura con el arte, solo se descubren desde cierto punto de vista. La piedad que se percibe desde lejos, choca mucho mas que la que se ofrece sin cesar á nuestra vista. Esta es la razon por que parecia *Isabel* menos admirable en la corte que en el retiro, el qual prestaba un nuevo brillo á sus virtudes, y, sobre todo, un nuevo heroísmo á su paciencia.

En efecto, ¿quanta tuvo para seguir las rigurosas órdenes de un Director, cuyo zelo las llevaba muchas veces mas allá de donde prescribe la prudencia? Figuraos vosotros un hombre virtuoso, pero de una virtud demasiado austera. Incapaz de conceder la menor cosa á la debilidad humana, porque sabia desarraigat todas las flaquezas de su corazon: exácto hasta tocar en la escrupulosidad, y firme hasta llegar á ser severo. Como tan hábil para penetrar y descubrir quanto habia en el alma de *Isabel*, tan breve estudiaba sus deseos para combatirles, como inquiria sus pensa-

mien-

samientos para destruirles. Siempre era ingenioso para acumularla las mas sensibles mortificaciones. Y si no, ¿que sucedió quando vió que ella habia formado algunos designios caritativos? Obligarla á suspender sus beneficios. ¿Que quando deseaba extenderse, digámoslo así, por medio de una sociedad de compañeras escogidas? Que supo desbaratar aquella laudable costumbre y romper los vínculos de la amistad. Como árbitro soberano de quantos caminos queria tomar, exercia sobre ella un império que, á no tener por obgeto su perfeccion, se hubiera creído tiránico.

Pero el último rasgo que os voy á manifestar, puso el colmo á la rigidez del Director, y á la paciencia de la Santa. Una joven princesa fué causa de la esperanza y del consuelo de *Isabel*, su augusta madre. Esta habia hecho ánimo de formar aquel tierno corazon en los sentimientos de su Religion santa: ya veia sus cuidados recompensados con superabundancia, quando::: ¡Mas ah! una orden cruel la arrebató aquel querido obgeto de sus trabajos. Contrado, aquel hombre inflexible, se le figuró que la tierna *Isabel* tenia para Sofia un amor excesivo y mas que humano. Nada le detuvo A pesar de las lágrimas y de los ruegos de nuestra Santa, destruyó la union mas legítima, porque se le puso en la cabeza que servia de obstáculo á su santidad. ¡O golpe sensible! ¡o separacion fatal! Pero su paciencia no por esto decae. *Patior; sed non confundor.*

Respetaba los decretos del Altísimo en las órdenes de su director: podia probarse su virtud,

Tom. III.

C

tud,



tud, pero no vencerla. Mas ¿que es lo que veo? Atento aquel hombre á dar contra su voluntad, no pudo menos de exáltar la constancia de su ánimo. Como censor rígido y admirador sincero al mismo tiempo, respetaba en *Isabel*, no ya su fortaleza y constancia, sino la obra de la gracia misma: ejercitaba su paciencia para el cielo, y la daba al propio tiempo á conocer al mundo.

Este no la miraba ya sino como un prodigio de virtud; y así como no habia podido encontrar mas oprobios con que multiplicar sus persecuciones, creía no hallar tampoco la eloqüencia suficiente para celebrar sus triunfos. El mundo vino á ceder á su paciencia una conquista por la que él mismo se gloria.

Un caballero de la corte del emperador, mantenido en las delicias, nacido para brillar en el mundo y para agradar en él, juntaba á la vivacidad y donayre de la juventud el resplandor de las riquezas y la grandeza de su nacimiento: noble, político, de espíritu vivo y hábil para insinuarse por medio de las gracias de la eloqüencia, habia logrado sujetar y atraerse ácia sí infinitos corazones: la lástima era de que una fatal costumbre le habia cautivado en el vicio: la luxuria fué ídolo, así como tambien le parecia que él mismo lo era de la corte por su desenfrenada licencia.

¡Quan dificultoso es arrancar á un hombre del precipicio, quando se deleyta en él! ¡quan dificultoso es persuadir la virtud á quien sabe el arte de persuadir el vicio! La prudencia del siglo es muy fecunda en sus trazas:

sa-

sabe resistirse á la fuerza de la razon, y muchas veces triunfa hasta de lo mismo que está convencida. Solo la paciencia puede desar-marla.

*Isabel* habia hablado, rogado, persuadido y aun convencido; pero en vano: todos sus esfuerzos fueron inútiles. El cortesano, aunque convencido, no se habia querido convertir: esto no era tampoco obra de un dia. Ya no era un entendimiento obscuro á quien se necesitaba iluminar, sino un corazon ligero y movable á quien era preciso determinar. Las fervorosas oraciones de la Santa ábrasarían, en efecto, á aquel insensible corazon; pero solo su paciencia podría hacer que se fixase, sometiese y mudase. Aunque un milagro de aquella dichosa Heroína fué el que verdaderamente preparó la conversion, quien la acabó y perfeccionó fué su santidad misma.

Así es como consiguió triunfar del mundo por su paciencia. *Hæc est victoria quæ vincit mundum.* En fin, ya es tiempo de que el mismo Dios la ponga la corona que merece. En efecto, Señoras, así lo hizo. Bien pudiera yo haberos mostrado á *Isabel*, aun en medio de sus trabajos y persecuciones, recompensada con los éxtasis tan preciosos que tuvo: hubiera podido deciros tambien, que privada del trono y estando en medio de sus infieles vasallos, exerció un absoluto imperio sobre los seres inanimados, obedeciendo al parecer su voz los elementos, y respetando la muerte su poder. Pero todos estos prodigios sin número, pedirían un discurso ilimitado, y yo me he excedido

C 2

ya



ya de los términos que prescribe el tiempo.

Detengámonos, pues, en los últimos instantes de tan admirable vida. Nuestra atención la debemos fixar sobre el lecho en que murió. Apenas empezó su carrera, quando percibió el término fatal que habia de tener. Y tú, mundo engañador, que jamas te has valido de su auxilio, tú mismo no te has podido eximir de que te haya visto huir á su presencia con aquella indiferencia excusadora que caracteriza á los malos christianos. Pero el cielo la concede todos sus deseos. No deseaba ella vivir por otra cosa que por perpetuar su martirio: humilde y penitente entre los sentimientos de una paciencia invencible, espiró sin haber sentido su muerte.

¡Quantos pesares causó esta! ¡que espectáculo tan triste se dexó ver en toda la Thuringa! En vano se aumentaban los milagros, y al parecer convidaba el cielo á la tierra para mudarse en respeto su dolor; porque este siempre era el mismo. Se respetaba el poder de *Isabel*, y se lloraba su pérdida. Se respetaba igualmente su santidad, y se sentia la falta de sus beneficios.

No tardaron mucho los grandes exemplos de paciencia que dió al mundo en determinar á la Iglesia para colocar su nombre entre las memorias de los santos. Pero esta aun se felicita á sí propia mucho mas, á vista de que *Isabel* sobrevive á sí misma. Pasan los siglos de unos en otros, y su espíritu siempre subsiste: el mismo fervor y paciencia se dexa conocer despues de su muerte: si la sufrida ca-

ri-

ridad encuentra aquí menos ocasiones para ejercitarse y menos victorias que conseguir, no por eso son menos generosos, menos héroycos y menos perfectos los sentimientos: en las mismas pruebas se admira la propia fidelidad que las caracteriza.

Caminemos, christianos oyentes, caminemos con *Isabel* por las sendas de la paciencia christiana: mostrémonos siempre superiores á las tentaciones y asechanzas del mundo. Si este mezcla de amargura nuestros mas preciosos días: si adorna con odiosos colores nuestras virtudes mas puras, y si se aprovecha de nuestras desgracias para movernos las mas violentas persecuciones, opongámonosle siempre una paciencia acrisolada con todos los desgraciados acontecimientos. De este modo atraeremos con ella á la verdad á un mundo injusto, seducido por el fanatismo: obligarémos al reconocimiento á un mundo ingrato, abusador de nuestros beneficios; y nos atraeremos el respeto de un mundo tiránico que nos persigue. No de otra suerte podremos decir á exemplo de *Isabel*: sufro, pero no caigo baxo el peso de mis sufrimientos: *Patior, sed non confundor*. Así, despues de haber imitado sus virtudes, conseguiremos la recompensa de que ella goza en el cielo.